

GARCÍA-ABÁSULO, Antonio: *Murallas de piedra y cañones de seda. Chinos en el Imperio español (siglos XVI-XVIII)*. Córdoba. 2012. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. 253 pp.

Es conocido el papel que tuvieron los chinos en la vida colonial de Filipinas y, sobre todo, en Manila. Entre los sangleyes y los españoles residentes en el archipiélago se crearon unas redes de mutua dependencia que se mantuvieron durante casi toda la vida colonial de las islas. A menudo, se ha puesto más el acento en los desencuentros y en las relaciones de mutua hostilidad. Este libro tiene el acierto de resaltar las vías de entendimiento y de integración entre españoles, chinos y filipinos.

El profesor Antonio García-Abásolo muestra en esta obra su profundo conocimiento de tales relaciones. Como él mismo advierte en la introducción, recoge artículos ya publicados de forma separada. Cada uno de ellos tiene una vida independiente y no pueden verse por tanto como capítulos de un único libro. Esto hace que algunas ideas resulten reiterativas como el papel de Legazpi en el inicio del asentamiento de la comunidad china, la importancia del informe de Rodrigo Díaz de Guiral en 1606 o las introducciones de cada uno de los artículos en las que el autor se ve obligado a ofrecer una visión panorámica y de contexto antes de entrar en el tema específico que quiere tratar. Pero, no deja de ser oportuno tener reunidos en una sola obra los resultados de la investigación que el profesor García-Abásolo viene desarrollando sobre las relaciones interétnicas en las Filipinas.

El libro está estructurado en nueve apartados. De esos nueve, los cinco primeros tratan de forma más específica aspectos concretos de la comunidad china en Filipinas, mientras que los tres siguientes se ocupan de asuntos sociales, económicos, políticos y administrativos de Manila, en los que los chinos estuvieron involucrados de alguna manera. El texto se cierra con un apartado dedicado a la presencia e influencia de los chinos procedentes de Filipinas en el virreinato de Nueva España.

El primer apartado, “Relaciones entre españoles y chinos”, destaca la importancia de los sangleyes en la vida colonial de Manila “hasta el punto de que sin los chinos de Manila (...) es difícil imaginar que hubiera sido posible la existencia de Manila y, en general, la presencia española en Filipinas” (p. 25). Una afirmación que no siempre ha sido suficientemente puesta de relieve. Es interesante la colorista descripción de los distintos parianes que sucesivamente se construyeron en la ciudad para tener recogida a la población sangley y de las actividades económicas allí desarrolladas. García-Abásolo, como repetirá en otros apartados de este libro, evita centrar la atención en exceso en las sublevaciones o las reacciones hostiles de los españoles. Más bien insiste en que lo más cercano a la realidad es hacer notar el esfuerzo de ambos grupos por comprenderse “con la aceptación convencida de la inviabilidad de una vida separada” (p. 29), aunque siempre hubiera un trasfondo de temor. Precisamente, el autor expone acertadamente que, frente a la opinión negativa sobre los sangleyes generalizada en informes a la Corona, los testimonios extraídos en algunos procesos penales manifiestan más bien un alto grado de integración por parte de los chinos, como demuestra el hecho de muchos supieran o entendieran el castellano, y que algunos de los pobladores españoles quisieran defender la honestidad y buen hacer de los chinos, mostrando públicamente su aprecio por ellos. Ese nivel de integración

es también destacado por el profesor García-Abásolo al referirse al papel de la población mestiza de filipino y sangley que a la larga se situó progresivamente en los puestos de control del país (cfr. p. 38).

En “El mundo chino del Imperio español (1570-1755)”, el autor realiza un acercamiento a los chinos en su convivencia con españoles y nativos desde perspectivas originales. Para este acercamiento cuenta con un abundante material, los datos recogidos sobre los champanes que llegaban a Manila en virtud de la cédula de 18 de enero de 1716 que ordenaba a la Audiencia dar cuenta de los barcos que entraban. Ha podido crear una base de datos de casi 900 chinos en una larga serie periódica que va de 1718 a 1757. La riqueza de los datos es grande, puesto que las relaciones de la Audiencia recogen el tamaño de los barcos, la composición de la tripulación, los pasajeros, las mercancías cargadas, el puerto de origen y destino, etc. Los datos son manejados con destreza, de modo que, aunque ofrece series y valores estadísticos, pretende ir más allá y mostrar la profunda inserción de los chinos en la vida económica y social de Manila en particular y de Filipinas en general. Constituye un buen punto de partida para profundizar en las características de la población sangley y su relación con nativos y españoles. También por el interesante análisis que desarrolla sobre los diversos padrones del Parián que se realizaron desde el siglo XVI: en 1590, 1595. Más tarde, en 1606 y otros del siglo XVIII.

El modelo colonial español en Filipinas es “uno de los experimentos más originales de convivencia multiétnica en el ámbito conocido por los europeos: en Manila había, entre otros, filipinos, chinos, japoneses, indios, armenios, españoles europeos y españoles americanos. No vivieron completamente juntos pero sí habitualmente cercanos y se las ingeniaron para encontrar las soluciones adecuadas a los problemas cotidianos, de ordinario, con un sorprendente sentido práctico” (p. 89). Es esta rica realidad la que el autor quiere ofrecer en el tercer apartado, “Los chinos y el modelo colonial español en Filipinas”. En la formación de ese modelo tuvo un gran protagonismo, en opinión del autor, la visión de Legazpi, quien hizo todo lo posible por facilitar las relaciones con los chinos, convencido de que era mucho más práctico mantener el comercio con los sangleyes en Filipinas en lugar de pretender llegar a China.

En las relaciones que se establecieron entre ambas comunidades, García-Abásolo destaca que los españoles nunca consideraron súbditos a los sangleyes. Sin embargo, al mismo tiempo que los veían como extranjeros, los distinguían de ellos, de tal modo que la documentación siempre habla de “extranjeros y de sangleyes”. En ese modelo colonial se fue perfilando la imagen del chino como comerciante, hábil artesano, buen agricultor y pescador y también como acaparador de plata. Aunque es cierto que se percibía como un elemento peligroso, no tanto por las experiencias de alzamientos y sublevaciones, sino más bien por su supuesta influencia perniciosa en el terreno moral y religioso. Las medidas para evitar el “contagio” fueron muy variadas desde la prohibición a los españoles de asistir a las fiestas chinas hasta los intentos de conversión de los sangleyes. Pero sobre todo, tres medidas que el autor resume en regulación de entradas, control fiscal y control espacial. En cualquier caso, García-Abásolo hace una llamada de atención a los historiadores instando a valorar más la capacidad del Imperio español para conseguir que dos grupos tan diferentes se entendiesen y conviviesen durante tantos siglos.

El apartado 4, “Conflictos en abasto de Manila en 1686: multiculturalidad y pan en 1686”, se centra en un problema concreto, el proceso penal contra los chinos panaderos acusados de querer matar a los españoles echando vidrio molido en el pan. El autor llama la atención sobre la importancia de la literatura jurídica como fuente histórica. A través de los testimonios recogidos en ese proceso, podemos conocer muchos datos de los chinos: su conocimiento del castellano, las relaciones de afecto y confianza establecidas con muchos de los españoles, manifestados en los apadrinamientos de bautismos, o el compromiso y la lealtad de que hacían gala. Lo interesante de este hecho concreto, una acusación de la que finalmente los chinos fueron declarados inocentes, es el contraste de opiniones y visiones sobre los sangleyes. Y que frente al miedo y hostilidad de algunos, muchos españoles, vecinos de Manila y religiosos, levantaron su voz para defenderlos. Señal clara también del grado de integración y de la multiculturalidad de la ciudad.

Esa integración cobra un matiz especial en el siguiente apartado de elocuente título, “La Audiencia de Manila y los chinos de Filipinas: casos de integración en el delito”. En primer lugar se ofrece una panorámica interesante de los tipos de pobladores españoles y la importancia del grupo de los mercaderes como “los auténticos dominadores del pulso real de Manila y de Filipinas” (p. 128). Manila como una ciudad donde el comercio constituyó la fuente de riqueza y poder para unos pocos, pero también una posibilidad de vivir establemente para todos. En este marco de ciudad abierta al comercio, el autor se centra en la población sangley como agentes de fraude (inmigración ilegal, las alteraciones de la moneda de plata, las licencias de confesión, entre otros ejemplos) y como sujetos pasivos de fraudes, al sufrir cobro abusivo de tasas por parte de las autoridades. Sin embargo, al mismo tiempo, vecinos, autoridades y sangleyes supieron ponerse de acuerdo en la ejecución de otro tipo de engaño, como era la introducción mercancías fuera de registro en el galeón.

Pero sobre todo el acierto de este apartado es detallar esos otros casos de connivencia en el delito entre autoridades y sangleyes que el autor clasifica como una original forma de acercamiento. Una connivencia que queda claramente manifestada en el cobro de licencias de residencia por parte de la Audiencia o del almojarifazgo de las mercancías de los champanes chinos al adoptar un sistema que fuera ventajoso para todos. Otro caso sobre el que se extiende es el de las licencias de los juegos de metua, importante fuente de ingresos para la real hacienda. Es por eso que las autoridades nunca terminaron de prohibirlos, aun siendo conscientes de que si bien esos juegos enriquecían a unos, empobrecía a muchos chinos y españoles implicados en esos juegos. El autor deja bien claro que, aunque los chinos pueden aparecer como víctimas, lo compensaron con creces con las ganancias que obtenían en el comercio. Pero lo que resulta más interesante es constatar los niveles de integración en el delito que se establecieron entre ambas comunidades.

A partir del apartado 6, la atención del autor se centra en otros grupos sociales de las islas. “Formas de alteración social en Filipinas. Manila, escenario urbano de dramas personales” presenta una amplia panorámica de la población y sociedad de Manila con toda su variedad étnica. Aunque trata sucintamente algunas fórmulas de alteración social derivadas de la convivencia de etnias diferentes, en realidad se centra en las características de la población española con la ejemplificación de algunos

casos: raptos y bodas secretas o adulterios perpetrados por personas principales de la ciudad. Casos que reflejan “la capacidad de Manila para convertirse en escenario urbano de lo doméstico” (p. 162), por ser una sociedad de españoles tan pequeña. Un aspecto interesante es también la capacidad de la sociedad de Manila para reinsertar a los forzados que llegaban a las islas. El caso de Pedro Miguel Cordero, conocido a través del asunto de las panaderías en su relación con los sangleyes, es ejemplo de un hombre que alcanzó una buena posición social en Manila, es decir, en un entorno al que había sido enviado en contra de su voluntad. García-Abásolo sugiere que es esta una línea de investigación interesante que permite descubrir otros tantos casos de reinserción social.

El apartado dedicado a “Pedro Calderón Enríquez, un magistrado crítico en Filipinas (1738-1766)” es una interesante biografía de un personaje desconocido a pesar de su eficiente labor en Filipinas, crítico con los sectores inmovilistas y conformistas, implicado en sacar a Filipinas de su situación deficitaria. El autor pone los acentos en determinados aspectos de su currículum como son los vínculos entre colegios mayores peninsulares y la burocracia colonial. Destaca también la inquietud de este funcionario por implantar en Manila un ordenamiento más racional y pragmático. Para ello expone su actuación en la administración tributaria y como juez de tierras. A la vez, por la implicación de los chinos en esos asuntos, se nos ofrece la visión del oidor sobre los sangleyes, expuesta en sus informes sobre la situación de los nativos filipinos con motivo de las visitas a las distintas provincias y las medidas que propuso para mejorar su situación.

El apartado octavo, “Manila, una comunidad amenazada a mediados del siglo XVIII”, analiza las cuestiones derivadas de la situación provocada en Filipinas como consecuencia de la política internacional de las potencias coloniales con intereses en el Extremo Oriente: las apetencias inglesas, los peligros de la carrera de Acapulco, el reforzamiento de las defensas del archipiélago. Pero las amenazas eran también internas. Unas ya conocidas, como la de la comunidad china o los piratas moros; pero otras nuevas, como fueron las sublevaciones indígenas de 1745 y 1750, motivadas por la usurpación de tierras comunales. Sin embargo, las amenazas externas e internas ponen de manifiesto también la capacidad de respuesta de una comunidad amenazada. Una respuesta que para García-Abásolo fue rápida y efectiva, fruto de la solidaridad entre los distintos elementos que la integraban.

El libro se cierra con un sugerente apartado que destaca una realidad, tal vez poco conocida, la de los sangleyes procedentes de Filipinas asentados en Nueva España. En “Filipinas en la costa pacífica mexicana en la época colonial (XVI y XVII)” estudia la presencia de filipinos en Colima y Jalisco, para descubrir que algunos de los denominados en la documentación como “indios” de Filipinas eran en realidad chinos. Este dato es importante porque refleja el grado de integración de estos chinos en la comunidad filipina establecida en México. La escasez de los datos no permite extrapolar hasta qué punto son representativos en Nueva España. Pero lo que sí puede constatar es la presencia chino-filipina en México, sobre todo a través de las formas técnicas y estéticas de origen chino y filipino que se observan en la artesanía de Nueva España, o en la introducción de una bebida, la tuba, de origen claramente filipino. Nuevamente, el autor hace una invitación a seguir investigando en este campo para

saber hasta qué punto puede hacerse extensible en el tiempo y en el espacio de Nueva España a otros filipinos.

Estamos, en definitiva, ante un libro recorrido por un hilo conductor que unifica la diversidad de los temas tratados: la integración de los chinos en la sociedad de Filipinas y su papel en el mantenimiento del archipiélago como último bastión del Imperio español. Un libro lleno de sugerencias e invitaciones, que aporta una interesante visión sobre la comunidad sangley establecida en Manila.

Inmaculada ALVA
Universidad de Navarra

CIARAMITARÒ, Fernando. *Italiani tra Spagna e Nuovo Mondo. Singoli, famiglie e colonie di emigranti (secoli XV-XVIII)*. Mesina-Civitanova Marche. 2011. Armando Siciliano. 484 pp.

En *Italiani tra Spagna e Nuovo Mondo. Singoli, famiglie e colonie di emigranti*, Fernando Ciaramitarò reconstruye, a través de numerosos y atractivos episodios microhistóricos, una de las facetas menos conocida de la emigración de los italianos en el mundo: su llegada a la península ibérica y a las nuevas tierras americanas en los siglos XV-XVIII.

La emigración de los italianos por el globo terráqueo ha sido uno de los rasgos más característicos y distintivos de la historia moderna de Italia. El fenómeno ha sido ampliamente estudiado para la llamada “gran emigración” italiana, que se desarrolló entre la segunda mitad del siglo XIX y la década de 1960. Aun cuando los números son desiguales, las tipologías “cualitativas” son comparables para las dos épocas, moderna y contemporánea. Si la gran emigración del siglo XX es un rasgo típico de la historia nacional italiana, es cierto también que la movilidad italiana es una constante en la tradición social de la península mediterránea desde el Medioevo hasta el presente¹. La emigración no sólo era el último recurso dictado por la pobreza, también abría la esperanza y las oportunidades de tener una vida más próspera.

En una introducción y cinco densos capítulos, Fernando Ciaramitarò ilustra cabalmente el papel de la presencia italiana en España y en sus colonias ultramarinas desde el siglo XVI hasta los últimos años del siglo XVIII. Para ello se basó en un imponente aparato bibliográfico y en cuantiosas referencias de archivos y bibliotecas recolectadas en diversos acervos, entre los que se destacan el Archivo General de Indias de Sevilla, la Biblioteca Nacional y el Archivo Histórico Nacional de Madrid, el Archivo General de la Nación de México y el Archivo de Estado de Palermo de Italia. El autor consigue plasmar cuidadosamente un novedoso panorama de las imágenes, formas y conductas de los migrantes itálicos de la época moderna. Sus procesos de natura-

¹ P. BURKE, “Hosts and Guests: a General View of Minorities in the Cultural Life of Europe”, en SOLY - THUIS (coord.), *Minorities in Western European Cities (sixteenth-twentieth centuries)*. Institut Historique Belge de Rome. Bruxelles-Roma, 1995, pp. 51-53.